

SUMARIO

Crónica general, por NIEMAND; pág. 121. — La quimera del desarme según el general Lewal, V y último, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros, pág. 124. — Artillería francesa, por D. JOAQUÍN DE LA LLAVE, pág. 129. — Actuales tendencias de la infantería alemana (*continuará*), pág. 135. — SECCIÓN DE VARIEDADES: Pedro Paz, episodio de las guerras de Flandes, por D. FRANCISCO BARADO, pág. 139. — SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA: Necrología del general D. TOMÁS DE REYNA Y REYNA, por D. EDUARDO DE OLIVER COPONS. — Publicaciones del Depósito de la Guerra, pág. 143.

Índice y cubierta de la obra *Constitución y propiedades mecánicas del acero*, por D. LOLENZO DE LA TEJERA, capitán de Ingenieros.

CRONICA GENERAL

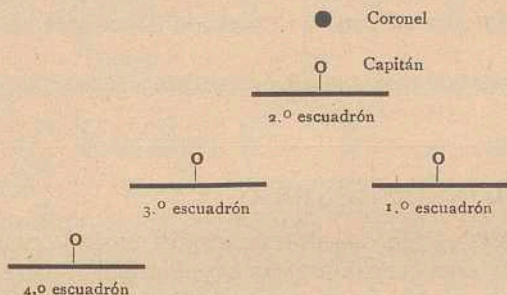
IMPORTANCIA DE LOS PROBLEMAS TÁCTICOS.—MODIFICACIONES EN LA DE CABALLERÍA.—LA LÍNEA Y LA CUÑA PARA CARGAR ESTA ARMA.—ENSAYOS PARA AUMENTAR LA «EFICACIA» DE LAS TROPAS, EN EL EXTRANJERO.—CURIOSO EXPERIMENTO EN AUSTRIA-HUNGRÍA.

Los problemas de la táctica siempre ofrecen interés excepcional, tanto porque en la paz forman una de las bases esenciales de la instrucción, como porque en la guerra, después de todo, la táctica es la *razón suprema*, el último argumento empleado para dirimir la duda de quien es el más fuerte. Y si la táctica de la infantería es objeto, en casi todas las partes, de estudios continuados y de ensayos no interrumpidos, que han llegado á producir revoluciones completas en la manera de entender los reglamentos, la de caballería no le va en zaga; pues los partidarios de que esta arma no pierda su antiguo esplendor ni aun en el campo de batalla, no cejan en su laudable tarea de armonizar la acción de la caballería con el modo de desarrollarse el combate moderno. Hace poco tiempo, la *Revue de cavalerie* publicó un estudio, debido á la pluma de escritor anónimo, que revela su competencia y experiencia en la materia, en el que se discute un asunto verdaderamente digno de ser examinado. Tal es la conveniencia, indicada por el autor, de modificar la formación en línea de batalla.

El anónimo escritor expresa las dificultades que, en su concepto, encierra la marcha de frente de un regimiento en línea desplegada, ya se verifique aquélla al trote ó al galope, y particularmente en este último caso, cuyas dificultades consisten en la conservación de la alineación, y en la alteración de los intervalos entre los escuadrones que aumentando unas veces y disminuyendo otras, pueden dar ocasión al adversario hábil, para que, penetrando por ellos, ataque al regimiento por la espalda. Razona el autor los graves perjuicios que, según su criterio puede ocasionar la pérdida de la alineación y el aumento exagerado de los intervalos, declarando, respecto á la marcha en línea, que á pesar de ser ésta el sueño dorado de los coroneles y de los generales, será imposible de conseguir perfecta, y mucho menos en el campo de batalla.

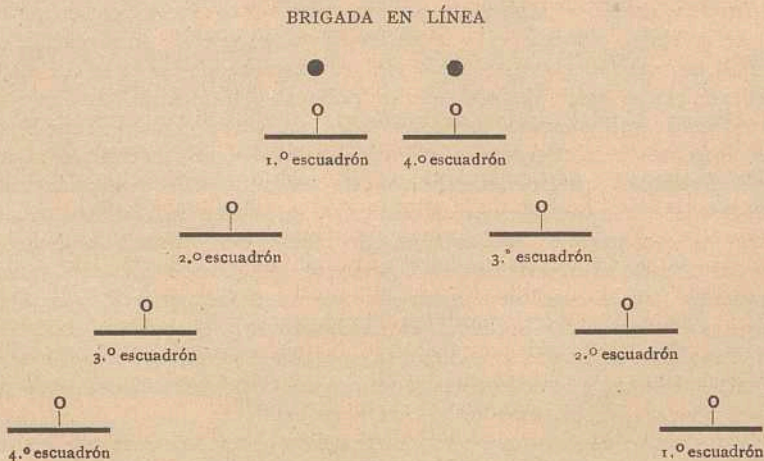
Con estos antecedentes—que no hemos podido hacer otra cosa que resumir—el autor propone una formación especial, para realizar la carga de la caba-

llería, en substitución de la clásica línea de batalla: el 2.º escuadrón en línea, en cabeza del regimiento; a su espalda, el 1.º y 3.º escuadrones, sin precisar la distancia, pero á la misma altura y de modo que algunas únicamente algunas hileras de ellos cubran á las del 2.º; y finalmente, el 4.º escuadrón, á la izquierda del 3.º, en la misma situación en que este último se encuentre respecto del 2.º Es decir que la formación táctica de que hablamos, pueda representarse en las siguientes líneas:

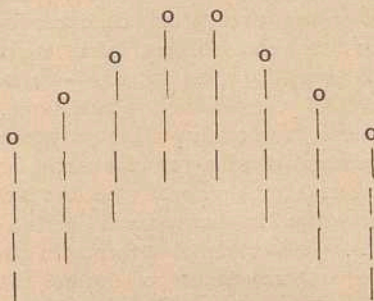


Con esta formación, dice el autor, la marcha de frente gozaría de todas las facilidades, sin que resultasen intervalos peligrosos, por donde pudiese *colarse* el enemigo. La carga se daría en mejores condiciones, pues el 2.º escuadrón chocaría con un trozo del regimiento enemigo, con lo cual la línea de éste quedaría rota y desorganizada por el choque del citado escuadrón, quedando intactos los otros tres, para chocar enteros contra los ya quebrantados del adversario.

El autor aplica igualmente estas ideas á la formación de las brigadas de caballería tanto en batalla como en línea de columnas, escalonando siempre las fuerzas, como indican los siguientes esquemas:



BRIGADA EN LÍNEA DE COLUMNAS



Como puede observarse, las ideas expresadas por el articulista de la *Revue de cavalerie* son, cuando menos en el terreno de la teoría, sumamente lógicas, y si bien en materias que se refieren al combate, únicamente la experiencia de éste es decisiva, siempre será digno de estudio todo lo que tiende á facilitar la acción de un arma que tantos servicios ha prestado y tantos puede prestar aún en el porvenir. Quizá, más que la formación en cuña, que propone el autor, sería conveniente la formación inversa, esto es cuya concavidad se presentase al enemigo ó aun mejor, la marcha de los escuadrones según líneas algo convergentes; pero sea como quiera, no cabe duda que las ideas expresadas en el trabajo á que nos referimos merecen ensayarse con cariño.

*
* *

Nada más curioso que leer la multitud de ensayos de carácter práctico, que se realizan en todos los ejércitos, para mejorar la *eficacia* de las tropas, esto es, su aptitud para la guerra, conjunto de cualidades morales y materiales, que forman lo que se llama *Schlagfähigkeit* por los alemanes y *efficiency* por los ingleses, mezcla de virtudes, proporcionadas por la disciplina y la instrucción, que debe ser el sello característico que distinga los ejércitos de las milicias. Entre estos ensayos es verdaderamente interesante el realizado últimamente por los austriacos, para investigar las condiciones en que puede instalarse la infantería en campaña, en pleno invierno. No fué un experimento *hecho en casa*, por decirlo así. Cielo claro, noche estrellada, viento duro y frío, el termómetro marcando desde 4° bajo cero, por la tarde, hasta 11° bajo cero á la madrugada siguiente: tales fueron las *características* de la noche en que se hizo la prueba. La tierra, helada hasta una profundidad de 50 centímetros, y una capa de nieve de 30 centímetros que cubría el suelo, contribuían al realismo de la escena. Instrucciones..... ninguna; cada pelotón debía aposentarse al aire libre, como mejor le pareciese, utilizando al efecto las telas reglamentarias, para organizar las tiendas.

Casi todos los pelotones, empezaron por quitar la nieve del paraje en que querían situar la tienda, formando con aquélla un parapeto que les sirviese de abrigo contra el viento. Algunos abrieron una pequeña excavación de 10 á 15

centímetros, para que la tienda quedase algo enterrada, y los hechos probaron que estos fueron los seres privilegiados en aquella noche, que bien pudiera llamarse toledana la *Reichwehr*, que da estas noticias. Para caldear las tiendas; algunos pelotones usaron el primitivo sistema de hacer fuego sobre tres piedras, otros, más *científicos*, no se acomodaron á morir asfixiados bajo la tienda, é hicieron un hogar menos sencillo, y con las latas—vacías por supuesto—de las conservas—armaron un tubo á modo del de una estufa. Pero, en resumen, se vió que, como era de esperar, la iniciativa había producido efectos muy saludables, pues mientras en algunas tiendas, principalmente en las pequeñas, el frío ó el humo eran insoportables, en las grandes y enterradas, se pasaba muy bien la noche, de modo que los soldados, usando de la libertad que disfrutaban, invadieron las tiendas grandes,—esto es, aquellas formadas por las telas reunidas de muchos de ellos—de modo que en una de 20 hombres había 38, reinando en el interior la temperatura de $+ 2^{\circ}$, cuando fuera marcaba el termómetro $- 11^{\circ}$. Otros ensayos llegaron á demostrar que la tienda austriaca puede ser un abrigo magnífico, sin necesidad de caldearla, si se tiene buen cuidado de que esté algo enterrada y resguardada del viento, pues el calor humano basta para elevar la temperatura en su interior. No se señaló ninguna enfermedad especial en el batallón, y se hizo notar, que regresada la fuerza á sus cuarteles hacia el mediodía siguiente, muchos oficiales se sintieron con ánimo para concurrir á un baile aquella noche. Lo cual, además de probar que la gente se divierte en Austria-Hungría, demuestra que no hay serios peligros en instruir al ejército para la guerra.

NIEMAND.

24 de marzo de 1897.



LA QUIMERA DEL DESARME SEGUN EL GENERAL LEWAL

V Y ÚLTIMO

Todavía examina el general Lewal la cuestión del desarme desde un punto de vista independiente del personal. Este es un elemento importantísimo, primordial; pero no único. «La preparación de la guerra, dice, ha tomado un desarrollo enorme y puede decirse con razón que de aquella depende el resultado. Esto es la misma evidencia y, examinando bien los detalles, es más fácil prepararla que conducirla.»

En este punto no estamos completamente de acuerdo. Es cierto, ciertísimo, que hoy día la preparación de la guerra alcanza importancia capital. A ella debió principalmente Prusia los resultados que obtuvo en 1866 y 1870. Por esto toda nación previsora debe preparar cuidadosamente durante la paz los elementos necesarios para la guerra. Esta tarea, aunque difícil, no lo es tanto como la del general en jefe de un ejército de operaciones.

La preparación de la guerra puede y debe hacerse con calma, con entera tranquilidad, en el gabinete y disponiendo de tiempo más que suficiente para estudiar y resolver los problemas que se presenten. Ni el tiempo apremia, ni el peligro ofusca. Pero en el teatro de la guerra las condiciones son muy distintas,

el desconocimiento de multitud de factores, el temor á un desastre, la necesidad de resolver á veces con presteza, lo imprevisto, la rapidez de los acontecimientos y la intervención de los factores morales complican extremadamente el problema. Por esto puede suceder que un buen organizador sea un mal general en jefe y viceversa. Y por esto puede acontecer también que no siempre los generales en operaciones saquen todo el fruto que debieran de los elementos de que disponen. El organizador y el estratégico, por lo común, constituyen dos distintas entidades que deben completarse; basta que uno de los dos flaquece para que el éxito de la campaña resulte comprometido.

De todos modos lo innegable es que en la actualidad la preparación de la guerra es de importancia capital y resulta incompleta si no se cuida, además del personal, del material. Aquí se ha dicho que al soldado español le bastaba cualquier arma; pero hasta para batirse con los rifeños, se le ha dado á toda prisa Mauser.

Toda nación que ha de hacer la guerra necesita, pues, contar con gran cantidad de armamento, municiones, equipo y vestuario. Si el soldado tiene el deber de defender al país, el país tiene á su vez la obligación de defender al soldado, y ya que en la guerra forzosamente ha de haber bajas, deben limitarse lo posible. Al soldado hay que defenderle no sólo del fuego enemigo, sí que también de las enfermedades; no basta buen armamento y buena táctica, es tan, ó más, necesaria una buena higiene. Para defender al soldado del fuego enemigo sirven el armamento y las fortificaciones. Para librarle de las enfermedades, una alimentación y un vestuario bien entendidos. Por desgracia este punto se descuida con frecuencia, y con ello el ejército, cuyas pérdidas resultan más numerosas, se debilita.

Toda nación que quiera estar dispuesta para la guerra, aun cuando prescindida de los soldados, ha de gastar en material y entre él se hallan las fortificaciones que hoy día construyen ya países tales como Suiza que hasta hace poco había prescindido de ellas; Inglaterra, menos amenazada que las otras potencias europeas, refuerza las de su litoral, y hasta los mismos Estados Unidos se ocupan seriamente en la defensa de Nueva York y de los principales puertos.

De modo que, aun disminuyendo el contingente del ejército y el tiempo de servicio no por esto dejaría de importar el Presupuesto de la guerra muchos millones.

«Los soñadores del desarme, dice Lewal, han desdeñado este lado grave del asunto. Han creído resolverlo pidiendo reducción de efectivos, obtenido por la disminución del tiempo de servicio. El material se levanta ante ellos como obstáculo insuperable y que no admite reducción.»

Concluye su estudio el general Lewal manifestando que, siendo muchas y graves las cuestiones europeas que aun quedan por resolver, y que se resolverán probablemente por medio de las armas, no hay que pensar en el desarme, y que cuanto tiende á disminuir la fuerza moral y material del ejército resulta un delito contra la patria.

Por nuestra parte, y como término á los comentarios que nos ha sugerido el trabajo del general francés, vamos también á exponer algunas conclusiones.

Creemos que los hechos recientes, tales como la campaña de Melilla y las de Cuba y Filipinas, habrán convencido á los españoles pacíficos de que España no

es un país excepcional, y que aun alejados como nos hallamos de los problemas europeos, á los cuales no somos tan ajenos como algunos pretenden, no por esto estamos libres de conflictos armados. Bajo cualquier forma que la guerra de Cuba termine, la previsión más vulgar exige tener allí un ejército suficiente para sofocar cualquier retoño de rebeldía. Por otra parte, á nadie se le oculta que la actual insurrección de Cuba, lo mismo que la anterior, y también las futuras, encontrarán apoyo más ó menos franco en los Estados Unidos. La guerra de Cuba, no hay para que disimularlo, es una lucha con los Estados norteamericanos con todas las ventajas por parte de éstos, y para tenerlos á raya necesitamos ponernos bajo el pie de una nación fuerte y temida.

En Filipinas no podemos ya contar con la adhesión de la raza indígena, y si hasta ahora hemos prescindido allí de ejército peninsular, no deberemos hacerlo en adelante. Ciertamente no hay en Asia unos Estados Unidos; pero sí un imperio del Japón, al cual es preciso no perder de vista. No creemos que la fácil victoria que éste ha obtenido sobre los chinos indique, ni con mucho, superioridad de los ejércitos japoneses sobre los europeos. Pero no hay que olvidar que la proximidad del Japón al archipiélago filipino facilitaría los auxilios que aquel imperio podría dar, más ó menos solapadamente, á los insurrectos. Si España hace en aquellos países alarde de fuerza es de suponer que no encuentren los insurrectos apoyo en las naciones asiáticas, pero no puede afirmarse lo contrario, si llegan a creernos débiles.

La organización de ejércitos coloniales se impone desde luego y acerca de este punto se ha ocupado ya poco la REVISTA (1).

Pero estos ejércitos coloniales necesitan apoyarse en los elementos que la Península pueda proporcionarles, cuando sea necesario; porque no cabe suponer, ni fuera posible, que en aquellas lejanas colonias se sostengan normalmente las numerosas fuerzas que una guerra exige. Cuando sobrevenga será necesario aumentarlas. Así, pues, aun cuando no tuviéramos que pensar más que en el sostenimiento de nuestras colonias, se impone en ellas y en la madre patria la existencia de un ejército.

Pero además existe la cuestión africana que para nosotros es de importancia, por lo que respecta á Marruecos y al Mediterráneo. Aun cuando no intervengamos en la cuestión de Alsacia-Lorena, ni en la de Egipto, ni en las que puedan promoverse en la península de los Balkanes, no por esto estamos libres de conflictos, si queremos evitar que algún día queden por completo anuladas nuestras plazas africanas. Para esto más valiera abandonarlas desde luego.

Si, pues, es imprescindible el ejército, no cabe la menor discusión acerca de la necesidad de que la fuerza armada se halle en las mejores condiciones posibles, y para esto no basta dotarla de medios materiales, es imprescindible elevar á gran altura el espíritu militar. Pero la atmósfera que hoy rodea al ejército hace esto difícil, y sólo procurando á toda costa formar para él un ambiente especial podrá lograrse. La dificultad, y no pequeña, dadas las actuales condiciones sociales, estriba precisamente en esto. El general Córdova, que ya en sus *Memoorias íntimas* se lamentaba del decaimiento del espíritu militar, propone allí algu-

(1) 5.^a serie. -- Tomo 3.^o, pág. 179.

nos medios para elevarlo. Sin que creamos que todos ellos sean prácticos en nuestro país, no cabe duda de que en su mayoría son acertados.

«Para remediar esto, dice, si aun era posible remediarlo en 1864, pensaba yo apelar á varios recursos que habrían podido ser muy eficaces; entre ellos figuraban las medidas que podría y debería tomar la Corte para devolver el perdido brillo al elemento armado, otorgándole prerrogativas dentro de Palacio: honrando con invitaciones á sus fiestas y á sus comidas así al general como al cadete, encaminando por esta senda á la nobleza, que casi siempre sigue fielmente los ejemplos y las direcciones de los reyes: dando un carácter muy militar á la alta servidumbre; estableciendo en las manifestaciones generales de la vida social las antiguas preeminencias y fueros del ejército, siquiera no tuvieran éstos un carácter político, imitando los ejemplos de las naciones militares más aristocráticas, donde los oficiales obtienen rebaja de precios en todas las fiestas y diversiones públicas; obligando á todas nuestras jerarquías y clases á que usaran constantemente el uniforme, elegantizando éstos sin separarse de la sencillez: *elevando, en fin, el nivel social del ejército*, y últimamente restableciendo la Guardia Real, para estimular el espíritu de los oficiales que verían en el pase á estos cuerpos de preferencia un estímulo y una recompensa de sus buenos servicios y aptitudes.»

Realmente con que se consiguiera lo que indica la frase que hemos subrayado, el problema quedaría resuelto. Pero se opone á ello un falso espíritu democrático cada día más arraigado y deprimente. Por más vueltas que se le dé el ejército no puede existir en buenas condiciones sin algo que le dignifique, que le eleve, que le separe del resto del país. Si representa la patria, es preciso que ésta se halle dignamente representada. Si la democracia se hubiese limitado á que desaparecieran barreras insuperables, á pretender que los que tuvieran para ello brío y méritos suficientes, pudieran aspirar á lo que por su valor les correspondiera, á desterrar privilegios injustos, á levantar, en una palabra, el nivel general, serían estos ideales plausibles. Pero es un error pretender que lo vulgar, lo bajo, lo común, sea lo que predomine. La historia y la razón demuestran que no es posible: en general todo lo que se distingue constituye una aristocracia, unas veces ésta debe su brillo á la sangre, otras al dinero, otras al mérito; pero todo lo que se sobrepone, hombre ó colectividad, es por algo que le distingue del vulgo. Aun entre los mismos salvajes hay una aristocracia, la de la fuerza bruta, ó la de la astucia. Pretender, pues, que el ejército desposeído de riquezas, de honores, de privilegio, de consideración, pueda atraer á su seno lo más granado de la sociedad, es empeñarse en un absurdo.

No cabe negar que el ejército, hijo de la sociedad en que se recluta y hallándose con ella íntimamente unido, ha de participar de sus cualidades y defectos; y éstos son hoy tales que tienden á la destrucción del espíritu militar. Creemos, y fácil es demostrarlo con el estudio de la historia contemporánea, que muchos de los males que al ejército aquejan, provienen de haberse dejado penetrar excesivamente por un mal entendido espíritu democrático, poco en armonía con la esencia de la Milicia. Es innegable que las reformas que se han ido llevando á cabo no todas son tan beneficiosas como creyeron sus defensores, y que principalmente lo que conviene al ejército es levantar su prestigio por cuantos medios se ocurran.

Es verdaderamente deplorable que en multitud de solemnidades organizadas por corporaciones oficiales, ó por lo menos semi-oficiales, á las cuales se invita á cualquiera, raras veces, por no decir nunca, se cuenta con la oficialidad. En cambio es de cajón que á todo cuto molesto, y á la cual no concurren nunca corporaciones civiles, no ha de faltar el correspondiente elemento militar, más ó menos nutrido, que la mayor parte de las veces ni siquiera es atendido de un modo decoroso. Acerca de este asunto mucho pueden hacer en favor del prestigio del ejército las altas jerarquías de la Milicia.

No puede negarse que se ha progresado algo en lo relativo al favoritismo, y es fácil convencerse de ello leyendo los adjuntos párrafos de las *Memorias íntimas* del general Córdova:

«No podía sin embargo conseguirse esto (1) con solo reformas escritas; era también preciso desterrar el favoritismo que ha producido siempre en las filas grandes estragos, y que, de seguir imperando, vendría á hacer ineficaces cuantos esfuerzos se realizaran para mejorar la suerte de todos y para levantar el espíritu de la oficialidad. Me encontré, pues, sumamente embarazado desde los primeros días de nuestra subida al poder, ante un inmenso cúmulo de recomendaciones y de exigencias formuladas por los personajes de más alta representación en el país, los cuales no sólo pedían variaciones constantes de destinos para la mejor colocación de sus apadrinados, sino también grados, cruces y hasta empleos redondos, sin alegar siquiera los motivos ó servicios, en que los protegidos pudieran fundar sus pretensiones. ¿Cómo complacer á los hombres políticos y á otras altas personalidades, sin disgustar hondamente á la masa del ejército que veía siempre ascender, desde los últimos puestos de las escalas, á los favorecidos por la protección de algún influyente personaje?

«Mi querido amigo y compañero, me decía uno de los Ministros en carta reservada, perdone usted que insista en mi recomendación á favor de don N. N. por ser cosa que interesa vivamente al resultado de la elección de mi distrito. Si las prescripciones legales del Ministerio de su digno cargo no permiten concederle el empleo de capitán, ruego á usted que *le conceda algo* por lo que pueda comprender la familia del interesado el buen deseo del candidato que no es otro que el mío.» Era claro que, accediendo á este género de empeños, no era posible pensar siquiera en la reorganización del ejército.»

Esta cuestión de recompensas ha sido siempre una de las piedras de toque de todos los ejércitos, y quizá por lo difícil de su aplicación, no se ha logrado encontrar una ley buena. En España, si de algo hemos pecado, ha sido de prodigos. Quizá haya contribuido á ello la índole de nuestras guerras; pero de todos modos esto es un vicio de nuestra organización militar. Hay que tener muy en cuenta que la prodigalidad en las recompensas es una de las causas que más contribuye al desprestigio de los ejércitos. Con tal sistema en definitiva viene á salir perjudicado el ejército en general, y sólo unos cuantos favorecidos son los gananciosos. Mucho se ha hecho estableciendo la antigüedad como único sistema de ascenso en tiempo de paz; pero es preciso andar más todavía. En teoría los ascensos por mérito de guerra parecen muy justificados; pero en la práctica sólo con grandísimas cortapisas pueden producir buen resultado.

(1) Levantar el prestigio del ejército.

La principal aspiración del ejército ha de ser la de verse atendido preferentemente en cuanto se refiere á su prestigio ante propios y extraños; ya que el militar ha de renunciar al bienestar material, y debería en rigor permanecer alejado de la política, que hoy facilita considerablemente el medro sin peligros ni trabajos, preciso es que halle la compensación debida en todo género de prerrogativas y distinciones. No se nos diga que la sociedad actual no desdía lo puramente honorífico; porque no es cierto; los que ya se han enriquecido aspiran también á títulos y condecoraciones que procuran adquirir por cuantos medios pueden. Esto prueba que las distinciones honoríficas no les son indiferentes. Las personas civiles que han conseguido, y ostentan con satisfacción, cruces del Mérito militar son numerosísimas, y es lamentable que un paisano alcance con facilidad una placa y aun una gran cruz, que el militar sólo puede recibir cuando ha llegado, á fuerza de años de servicio, á categorías elevadas. Esto no puede levantar en modo alguno ni el prestigio de los jefes y oficiales ni el de la condecoración. En la orden de Carlos III no se puede obtener un grado, sin hallarse en posesión del inmediato, en la del Mérito militar un paisano puede *debutar* con la gran cruz.

El Estado posee el derecho indiscutible de exigir al oficial un conjunto de elevadas condiciones morales, cuantas más mejor; pero tiene también la obligación imprescindible de elevar y dignificar en todas ocasiones á los que contraen el deber de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la patria. Este deber comprende desde el general al soldado y, sin perjuicio de dar á cada jerarquía lo que le corresponda, el prestigio debe alcanzar á toda la colectividad.

No hay que olvidarlo, elevar el prestigio del ejército y con él el espíritu militar, es trabajar en favor de la nación; el desprestigio material y social del ejército, mil veces peor que la supresión de la fuerza armada, sólo puede conducir, en plazo más ó menos largo, á la impotencia y á la ruina.

CARLOS BANÚS.

ARTILLERIA FRANCESA

El teniente coronel de artillería Orly propuso por la misma época unos cañones que llamó de á 4 de gran alcance (*à grande portée*), que eran de algo menor calibre (de 75 á 78 milímetros) que los de La Hitte, y que tenían mayor alcance, porque conservando el mismo peso del proyectil, ó sea 4 kilogramos, aumentaba el coeficiente balístico por disminuir la sección; estos cañones se hicieron primero de bronce y después se quiso ensayar para ellos el acero, y se construyó uno en la fábrica de Petin et Gaudet, después *Forges de Saint-Chamond*, y otro en la de Holtzer, la misma que luego ha tenido la exclusiva de los proyectiles perforantes de acero cromado, y las dos fábricas dieron los cuerpos de acero ó cañones en bruto, y luego los talleres de la artillería se encargaban de las demás operaciones de la construcción, pero los cañones no estuvieron terminados hasta el mes de Julio del año 1870 y no dieron lugar á que se experimentaran antes de la guerra.

Al mismo tiempo que el *Comité de Artillería* hacía estos estudios, el emperador había tomado la iniciativa para la adopción de nuevas armas; con este objeto encargó estudios especiales al comandante De Reffye, que era su ayudante de órdenes, y en Meudon, cerca de París, donde había una residencia de verano, antiguo Château Royal, que fué construído para el Delfín, hijo de Luis XIV, mandó establecer los talleres, ordenando al mismo tiempo que se le dieran elementos para sus ensayos, y de aquí resultó, primero el *canon à balles ó mitrailleuse* de Meudon, de 25 cañones de fusil, iguales á los del Chassepot, ametralladora que era muy semejante en su mecanismo á la de Christophe-Montigny. En 1868 estuvo lista la ametralladora, en la que se fundaron tantas y tan falaces esperanzas, y entonces encargó el emperador á De Reffye que hiciera los estudios necesarios para un sistema de cañones de campaña de retrocarga, pero de condiciones determinadas en un programa que fijó el mismo Napoleón III. Tenía que ser desde luego de retrocarga y de mayor potencia y alcance que los de avancarga existentes, conservación del bronce, porque la industria estaba aún en concepto del emperador muy atrasada para pensar en construir cañones de acero, y además para poder refundir y aprovechar el metal existente, porque había una inmensa cantidad de piezas de bronce procedentes en gran parte de la época de Luis XIV, y sobre todo, porque el Cuerpo de Artillería francés no era partidario del acero; de manera que la base de la reforma meditada por el emperador y confiada al comandante De Reffye, era el encargo de un proyecto económico, con la condición también de que había de cargarse la pieza con pólvora ordinaria, sin adoptar nueva pólvora, que exigiera largos y minuciosos ensayos, que retardarían la adopción. El comandante De Reffye presentó dos proyectos, uno de cañón de á 7, peso en kilogramos del proyectil (calibre 85 milímetros), y el otro de á 4 (66 milímetros), y en Junio de 1870 se empezaron los ensayos de estas piezas, de las que se habían fabricado cuatro, dos de cada calibre, con las que hicieron experiencias tirando en el mismo parque del castillo de Meudon, y prometían mucho por sus resultados en potencia y alcance, y las pruebas estaban ya adelantadas, cuando la guerra que estalló vino á impedir la adopción regular del sistema, al mismo tiempo que dió lugar, como vamos a ver, á su adopción irregular.

Estos cañones eran más largos que los que hasta entonces había habido, de carga por la culata y cierre de tornillo partido ó Treuille; pero la dificultad estaba en la obturación, la cual evitó el comandante De Reffye, substituyendo el verdadero obturador por el cartucho metálico, y hay aquí que observar la singularidad de que cuando Francia no se había decidido á adoptar el cartucho metálico para sus fusiles como ya lo tenían muchas naciones, sin embargo lo adopta para su artillería cuando aún no lo tenía ninguna. Sin embargo, no era un cartucho metálico como los modernos de los cañones de tiro rápido, sino que no era más que el cartucho de la pólvora, y el proyectil se cargaba aparte. Además, como era condición que había de emplear pólvora ordinaria, De Reffye recurrió al procedimiento de comprimirla para hacerla más lenta, con lo que conservando la misma composición y graneado, variaba sus condiciones de inflamación al cambiar la forma, de manera que, como quedaba en roldanas iguales, se graduaba la carga por el número de éstas; así que el cartucho del cañón de á 4 llevaba cuatro roldanas y cinco el de á 7, lo que permitía hacer tiro indi-

recto poniendo un número menor de roldanas, con lo que se disminuía la carga y la velocidad inicial. Fabricáronse, como se ha dicho, dos cañones del sistema De Reffye de cada calibre, que eran únicamente los que había al empezar la guerra.

GUERRA DE 1870-1871

El material que constituía la artillería francesa en el momento de empezar la guerra con Alemania, se componía de ocho piezas distintas del sistema La Hitte, que eran: dos cañones de á 4, uno de montaña y otro de campaña, uno de á 8 de campaña, tres de á 12 de campaña, sitio y plaza, respectivamente, y otros dos de á 24, uno llamado de sitio y otro de plaza. La designación de los calibres venía á ser la misma que con las piezas lisas, pero los números expresaban ahora peso en kilogramos del proyectil ojival, mientras que antes eran libras de la bala esférica. Así el cañón de á 4 disparaba antes bala redonda de 4 libras y ahora granada oblonga de poco más de 4 kilogramos. Los dos cañones de campaña y montaña de á 4 diferían en la longitud, pero el calibre era el mismo, 86'5 milímetros, la longitud era de 18'5 y 11'1 calibres; el peso de la pieza de montaña era exactamente los 100 kilogramos que se han admitido siempre como peso normal en esta artillería; el peso de la pieza de campaña en batería, es decir, con su cureña, era de 730 kilogramos, muy ligera por lo tanto, y el proyectil de 4 kilogramos en las dos piezas, con una carga máxima de 300 gramos en el de montaña y poco más de medio kilogramo en el de campaña, adquiría velocidades iniciales de 237 y 343 metros respectivamente. El alcance eficaz de estos cañones es muy pequeño en los de montaña, 600 metros, y para los de campaña 1.200, aunque se podía tirar á mayor distancia por ángulo de 15° en el de montaña y 15 ó 16° en el de campaña, con lo que se lograban alcances de más de 2,000 metros en uno y de 3,000 en el otro, pero era á costa de una dispersión tan grande que ya no convenía tirar á estas distancias.

Se había creado el cañón de 4 de campaña con objeto de que sirviera para las baterías montadas y de á caballo indistintamente, pero luego se creyó insuficiente como artillería de batalla y se creó la pieza de á 8, de calibre de 10'6 centímetros, longitud en calibres 18'5, que es la misma proporción con el calibre que en la de á 4, pero que por ser mayor el calibre hace aumentar la longitud absoluta; el peso de la pieza en batería es verdaderamente excesivo y bastante mayor que el de la de á 4, la carga de 1 kilogramo, que imprimía una velocidad inicial que no era la del cañón de á 4, pero se le aproxima. Todavía no se creyó suficiente el cañón de á 8 para todas las necesidades, y se completó con el cañón de reserva ó posición para vencer grandes resistencias ó reforzar las posiciones defensivas; este era el cañón de á 12, que era el mismo cañón-obús de Napoleón III, rayado, calibre de 121'3, longitud 17'1, en calibres y demás condiciones que se pueden ver en el cuadro núm. 1; el alcance eficaz es mayor, porque aunque era menor la velocidad inicial, la conservaba mejor por el mayor peso del proyectil, y el peso de la pieza en batería era sólo 30 kilogramos más que la de á 8.

Las piezas que no eran de campaña, eran el cañón de á 12 de sitio que disparaba el mismo proyectil que el de 12 de campaña y que el de 12 de plaza, que era más largo, y el peso de la pieza era también mucho mayor. El alcance

CUADRO NÚM. 1.

	CAÑONES LA HITTE				
	4 montaña.	4 campaña.	8 campaña.	12 campaña.	12 sitio.
Calibres. mm.	86'5	86'5	106	121'3	121'3
Longitud en calibres.	11'1	18'5	18'9	17'1	18'9
Peso de la pieza. . . kg.	100	330	570	610	850
Id. del proyectil. . »	4'035	4'035	7'360	11'500	11'500
Carga máxima. . . »	0'300	0'550	1	1'200	1'400
Velocidad inicial $m \times 1''$	237	343	363	313	340
Alcance eficaz. . . m.	600	1.200	1.500	1.600	1.300
Id. máximo. . . . »	2.440	3.100	3.400	2.950	3.000
Peso de la pieza en batería (cañón y cu- reña). kg.	221	730	1.200	1.230	1 474

(1858)			Cañones Reffye y Lahitolle (1873-1875)			
			(RECONSTITUCIÓN PROVISIONAL)			
12 plaza.	24 sitio.	24 plaza.	5 (1873)	7 (1870-73)	95 (1875)	138
121'3	152'7	152'7	75	85	95	138
26'1	15'8	23'2	26'6	23'6	26'4	22'6
1.450	2.060	2.700	460	650	706	1.940
11'500	24	24	4'865	7'105	10'950	23'750
1'600	2'500	3	0,860	1'120	2.100	3'540
357	291	338	417	390	443	382
1.400	1.400	1.800	2.300	2.300	2.800	2.700
4.500	4 280	5.200	6.200	5.680	6.330	7.500
2.452	3.214	3.944	990	1.300	1.430	3.837

N. B. El alcance eficaz es con relación al objetivo, tropas para las piezas de campaña, obras de ataque ó defensa para las de sitio y plaza.
El alcance máximo es el que se obtiene por el mayor ángulo de proyección que permite el montaje.

eficaz era de 1.300 metros en el de sitio y mayor en el de plaza. (Véanse las condiciones detalladas de estas piezas en el cuadro núm. 1.)

Los dos cañones de 24 de sitio y plaza eran de igual calibre (152'7 milímetros), el de sitio era de fabricación nueva, de longitud de 15'8 calibres y peso de más de 2.000 kilogramos; el peso del proyectil 24 kilogramos, que adquiría una velocidad inicial de cerca de 300 metros y alcance eficaz de 1.400: estas eran las piezas más potentes del sistema, la de plaza para el tiro rasante y la de sitio, que era cañón corto, propia para el tiro de brecha por sumersión, como lo había demostrado en las experiencias de la isla de Aix, donde dió un resultado superior al de las piezas hasta entonces empleadas.

Las contingencias de aquella guerra, en que la suerte fué tan adversa á las armas francesas, dieron lugar á que desde el principio, y primero en Sedán y luego en Metz y después en las capitulaciones de las plazas de Alsacia, cayera casi toda la artillería francesa en poder del ejército alemán, salvándose únicamente alguna que otra batería de campaña por circunstancias especiales, quedando tan sólo alguna artillería en las plazas que se conservaban y una reserva de campaña compuesta de una docena de baterías de á 12 nada ligeras, con las que no bastaba para atender á las necesidades de organización de las baterías que habían de formar parte de los nuevos ejércitos de la Defensa Nacional.

Surgió, pues, la necesidad de crear una artillería de campaña á toda prisa, y empleando á todos los oficiales de artillería que no estaban prisioneros, que eran los menos, se procedió á la creación de nuevas piezas. Desde luego se pensó en construir piezas de La Hitte, de bronce, ya en las fundiciones del Estado, ya en las particulares, improvisando en ellas máquinas de rayar. También se acudió á la industria extranjera, y como no era ocasión de recurrir á Krupp, se acudió á Inglaterra, y Armstrong, Withworth y Vavasseur dieron artillería, aunque no mucha, pues fueron sólo unas 10 ó 12 baterías Armstrong, otras tantas Withworth y dos ó tres nada más Vavasseur, porque no tenía talleres de la capacidad de los otros dos fabricantes. Además se tenían en París, cerca de Meudon, fuera de la línea de los fuertes, los cuatro cañones De Reffye: de éstos se quedaron en París con los dos de á 4 y uno de los de 7 y enviaron el otro de á 7 á provincias para que sirviera de modelo á la industria privada para hacer otros. París, que contaba con grandes elementos industriales, pudo ver pronto fabricadas hasta 2.000 piezas de á 7 de bronce, pero en provincias algunas fábricas *motu proprio* al copiar el modelo lo fabricaron de acero, pero igual al modelo en dimensiones y en todas sus disposiciones. Sin embargo, como no todas las fábricas pudieron tener á mano el modelo, sus ingenieros modificaron algunos detalles, sobre todo el rayado, que en el Reffye era sinistrorsum, y algunos establecimientos rayaron las piezas que construyeron á la derecha. Lo cierto es que se construyeron bastantes piezas de este sistema y los ejércitos del general Chanzy en sus últimas operaciones del Loire, y el del general Bourbaky en el Este y en la defensa de París, se emplearon estos cañones, y al concluir la guerra se encontró la artillería con un material heterogéneo de cañones La Hitte, construídos durante la guerra, otros de la industria extranjera y otra artillería improvisada de cañones Reffye de 7.

JOAQUÍN DE LA LLAVE.

(Continuará.)

ACTUALES TENDENCIAS DE LA INFANTERIA ALEMANA

(Continuación)

La forma ofensiva es seguramente la que responde mejor á las aspiraciones y á las tendencias del ejército alemán. Si se quiere ensayar el describir las fases del combate moderno, tales como las conciben los jefes de dicho ejército, hay naturalmente que referirse primero al combate ofensivo. Pero nada hay absoluto en la guerra, y mientras se conserva una actitud en general ofensiva, se puede tener que estar, siquiera sea durante un corto período de tiempo y en algunos puntos determinados, á la defensiva. Así, es conveniente examinar del mismo modo la manera como los alemanes conciben el combate defensivo.

*
**

PRINCIPIOS DEL COMBATE DEFENSIVO

El Reglamento expone claramente sus bases generales.

La defensiva, dice, que no tiene otro objeto que resistir á las embestidas del enemigo (combate de puestos avanzados de retaguardia, etc.), puede limitarse á defender el terreno.

Al contrario, la defensiva que debe producir un resultado decisivo, debe siempre combinarse con una acción ofensiva; la defensiva pura y simple no puede jamás conducir al aniquilamiento del enemigo.

Ninguna forma de combate depende tanto del terreno como la defensiva. Requiere aldeas, barrancos, alturas, bosques, desfiladeros, etc.

Toda defensa se apoya *en el empleo completo y pródigo de las armas de fuego*, Teniendo esto en cuenta es como se elija la posición y se atrincherara.

He aquí, resumida en pocas líneas, la teoría de la defensiva; partiendo de esta base, vamos á estudiar los medios preconizados en Alemania para asegurar su ejecución en la práctica.

Este asunto ofrece un interés tanto más especial, en cuanto se hallan, en las maniobras alemanas, numerosos ejemplos de defensiva ofensiva bajo aspectos diferentes.

Unas veces, todas las tropas se establecen en una posición atrincherada con la intención de dejar que el enemigo se rompa ante ella, para atacarle en seguida; otras, la defensiva no ocupa más que una parte del frente con escasas fuerzas, y el grueso, reunido en masa en paraje desfilado de las vistas, toma bruscamente la ofensiva en condiciones favorables.

Únicamente en casos excepcionales se permanece en la defensiva absoluta, no pasándose á la defensiva más que cuando el enemigo presenta un punto débil. Este último caso se presenta amenudo en los movimientos envolventes de exagerado desarrollo; el tránsito á la ofensiva es, en este caso, particularmente ventajoso.

Vamos á examinar sucesivamente los diversos elementos de la defensiva: elección y ocupación de la posición, organización, distribución de fuerzas, dirección del fuego y tránsito á la ofensiva.

ELECCIÓN DE LA POSICIÓN

Se admite, en principio, en Alemania, que es necesario tomar el terreno tal y como es, no debiéndose procurar arrastrar al enemigo hacia un paraje más

apropiado á la defensiva, cuando para esto es preciso sacrificar otros intereses; jamás se debe renunciar á un combate que se quiere sostener, bajo el pretexto de que no se ha encontrado *una posición conveniente*.

«Si se trata de realizar una resistencia seria y decisiva al final de la operación, dice el general von der Goltz, el punto capital en la elección de las disposiciones que deben adoptarse será obtener la acción del fuego más favorable que sea posible; porque será esta acción, y no las dificultades del terreno, la que constituirá el principal obstáculo para el adversario.»

El *Lehrn's Handbuch für den Truppenführer*, enumera del modo siguiente las condiciones que deben tenerse presentes al elegir una posición defensiva:

- a). Terreno depejado al interior, en el frente y los flancos de la posición.
- b). Buen campo de tiro en el frente y los flancos, dominando en lo posible al adversario.
- c). Extensión correspondiente á la fuerza de las tropas empleadas en la defensa.
- d). Configuración general de naturaleza que el ataque de la posición se imponga al adversario.
- e). Condiciones favorables á un desarrollo ulterior del frente y á un contraataque dirigido contra los movimientos envolventes del enemigo.
- f). Facilidad de movimientos en el interior de la posición; profundidad suficiente para la colocación y empleo de las reservas.
- g). Abrigos contra las vistas y los fuegos del enemigo.
- h). Fácil despejo.
- i). Obstáculos naturales delante de ciertas partes del frente y flancos de la posición.
- j). Posibilidad de arrojar-se fuera de la posición, en formación desplegada para el combate.

OCUPACIÓN DE LA POSICIÓN

Cualquiera que sea el objeto perseguido por el defensor, la ocupación prematura de una posición defensiva se considera, en Alemania, como absolutamente contraria á los principios de una táctica sana.

«Es necesario guardarse de ocupar una posición antes de conocer la dirección del ataque enemigo, dice el reglamento de infantería.»

Cuanto al reglamento de artillería, es más explícito aún:

«La artillería de la defensa, dice, deberá tomar una posición preparatoria de combate, aun en el caso en que la posición se ha reforzado artificialmente. Es el único modo de obviar el despliegue de la artillería sobre un frente que no correspondería á la dirección del ataque, y de evitar los cambios de posición prematuros. Es igualmente el sistema mejor que puede emplearse para impedir al enemigo que se dé cuenta, antes de iniciarse el combate, de las disposiciones é intenciones de la defensiva.»

ORGANIZACIÓN DE LA POSICIÓN

Toda organización defensiva debe responder, en cualquiera de sus partes, á las intenciones del mando.

«Los trabajos de fortificación del campo de batalla, dice el reglamento de

infantería, deben ajustarse á los proyectos del jefe y no al contrario, dominarlos. Este último movimiento no dejaría de presentarse, si se empezasen los trabajos antes de estar dichos planes bien definidos. Se evitará, pues, toda organización prematura del terreno que pudiera tener por efecto coartar la libertad del mando.»

En la organización de las posiciones, deba sobre todo tenerse presente la posibilidad de utilizar la potencia del fuego. La instrucción sobre los trabajos de campaña de la infantería alemana insiste sobre este particular.

«La condición esencial que debe buscarse, dice, en toda posición defensiva, es un campo de tiro descubierto, particularmente á las pequeñas y á las medias distancias. Ciertos trabajos necesarios para despejar el campo de tiro pueden resultar más útiles que la construcción de abrigos.»

DISTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS

El reglamento de ejercicios de la infantería no da, respecto de la distribución de las fuerzas en la defensiva más que indicaciones generales, que resumimos á continuación:

El escalonamiento en profundidad es la regla general, pero se reducen las distancias en la Defensiva. Los escalones de la espalda deben abstraerse á la acción del fuego enemigo, y sin embargo, hallarse bastante próximos para poder acudir á tiempo. La posición se divide en cierto número de *sectores* tanto menos extensos cuanto más quebrado y cubierto sea el terreno. Cada sector forma luego una unidad para el mando, distribuyéndose dentro de él las tropas del modo que sigue:

1.º *Una línea de combate*, subdividida á su vez en una guerrilla y sostenes. Estos últimos se colocan muy cerca de la primera y pueden confundirse con ella en algunas circunstancias.

2.º *Reservas especiales de sector.*

3.º *Una reserva general* destinada á tomar la ofensiva en el momento oportuno. Se la coloca en el paraje desde el cual pueda tomar más fácilmente la ofensiva; es decir, en principio, en una de las alas.

Se sitúa la reserva general á una distancia, en el flanco, tanto mayor cuanto más grande sea la fuerza de la tropa que defiende la posición.

Se obtiene de este modo espacio para el despliegue y libertad para la ofensiva; se amenaza el flanco del enemigo y se cubre el propio.

Mientras que el enemigo se halla lejos aún y no se conoce la dirección del ataque, se tienen las tropas dispuestas á tomar posición, conservando las unidades concentradas.

«El asaltante, dice el general von der Goltz, en *La nación en armas*, teme e frente de las posiciones. Es, en efecto, el punto fuerte del defensor, y éste ha de tener conciencia de ello.

» Si ha ocupado el frente de tal modo que sus avenidas estén batidas por un fuego poderoso, podrá, en esta parte de la posición, principalmente durante el combate, prescindir del establecimiento de reservas. Como es seguro que el adversario buscará un nuevo campo de batalla hacia un ala ó un flanco, hacia este punto deberá llevar las reservas.

» Los dos flancos son como el talón de Aquiles del defensor. Sin embargo

la situación general indicará, cuál de los dos es el más amenazado, ó quizá el único, amenazado. A este flanco deberán llevarse las reservas disponibles.

» Por otra parte, es necesario impedir á todo trance que la *defensiva* pueda confundirse con la inmovilidad y la inacción. Hay en la idea de la defensiva á modo de un plomo que pesa sobre el pensamiento y la voluntad de los jefes.

» Casi siempre, en las batallas de estos últimos tiempos, al aproximarse la acción decisiva, se ha tratado de proteger el ala amenazada por un movimiento envolvente, prolongando el frente. El asaltante, extendiendo como consecuencia el desarrollo de su movimiento, no deja por eso de rebasar el ala que amenaza; cuya ala, cada vez más débil, resulta al fin destrozada.

» Parece más seguro proteger las alas por medio de tropas móviles, no ligadas al terreno en que se hallan y especialmente encargadas de impedir el movimiento envolvente, avanzando á su vez contra las columnas que realizan este movimiento.

» *Cuanto más movilidad tiene la defensa, cuanto menos se siente encadenada á su primitivo asiento, más fuerte resulta. La movilidad y la actividad son para ella elementos de potencia.*»

LÍNEA AVANZADA

El reglamento de maniobras anterior al de 1888, se pronunciaba muy decididamente contra el empleo de las líneas avanzadas.

«La ocupación de los puntos avanzados en los cuales no se cuenta con oponer una resistencia limitada, decía, no ofrecen la mayor parte de las veces sino pequeñas ventajas. Vale más emplear, en una sola línea, todas las fuerzas que deben emplearse en la defensa.»

El nuevo reglamento no ha reproducido esta prescripción. Mas parece que siguen predominando en Alemania ideas poco favorables á la existencia de una línea avanzada. Los autores militares más apreciados, como Cardinal von Widern, von Schell y Meckel, la condenan á causa de la dificultad de abrir el combate y del efecto moral producido por la retirada sobre la posición principal.

El primero de estos inconvenientes es sobre todo sensible para la infantería; por lo que respecta á la artillería, von Schell admite la posibilidad de llevar delante de la posición principal algunas baterías, *mas únicamente como sostén de la caballería*, para contribuir con ella á un despliegue prematuro del enemigo ó á empeñarlo en una dirección desfavorable. Estos destacamentos, esencialmente móviles, no podrán asimilarse á una línea avanzada, aunque su objeto viniera á ser el mismo.

De lo que precede, hay derecho á deducir que si las líneas avanzadas no están proscritas por el reglamento, no se emplean sin embargo más que en casos excepcionalmente favorables; los alemanes no ocupan posiciones de esta clase más que por medio de sus puestos avanzados; sólo admiten una línea de defensa única y en ella colocan todas las fuerzas disponibles. Los puntos especiales, situados dentro del campo de eficacia del fusil, delante del frente, y cuya ocupación facilitaría al enemigo el ataque, se consideran como formando parte integrante de la posición y, como tales, se ocupan fuertemente.

(Continuará.)

SECCIÓN DE VARIEDADES

PEDRO PAZ

EPISODIO DE LAS GUERRAS DE FLANDES (1)

—¿Qué si creo en aparecidos?—gritó con voz cavernosa el sargento Avendaño.—Pues si dudara yo de lo que han visto estos ojos que ha de comerse la tierra, valdría tanto como que pusiera en tela de juicio la infinita misericordia de Dios. Fuera de que las almas benditas del purgatorio han dado en más de una ocasión testimonio de su existencia, revelándose á sujetos de grandes méritos y virtudes. Creo en ellas, muchachos, y no por eso pienso tener cuenta alguna con el Santo Oficio; mas como no hablo á humo de pajas, bien será que os cuente un suceso que, si por acaso conocéis, yo he de referir ahora con la exactitud y puntualidad propias de quien fué testigo de vista.

El auditorio, compuesto de gente bisoña, estrechó filas y se dispuso á escuchar el relato de Avendaño, sargento de un tercio de infantería, al que abonaban como soldado veinte años de servicios en Italia y en Flandes, y como narrador su origen andaluz y una imaginación fecunda en recursos.

—Porque—añadió—todos vosotros sabréis que estuve en Groninga con don Hernando de Toledo, en Gembloux con don Juan, en Midemburgo con Mondragón, y en Amberes con el insigne duque de Parma, á quien Dios saque en bien de su grave dolencia. Con esto quiero deciros que no hubo zafarrancho grande ni chico en que no anduviera yo, ni empresa á la que no aportara yo mi valor ó mi industria; que ví los más grandes sucesos que realizaron las armas del Rey, nuestro señor, en en estos Países Bajos, y que puedo dar fe de que donde se pone una pica española, nadie se atreve á levantar cabeza. Sobre todo, abriego la seguridad de que es nuestra nación tan favorecida por el valor como por la fortuna... cuando no faltan los ducados; cosa que es más frecuente de lo que deseáramos y conviene al Rey.

Pues bien, muchachos, de cuanto ví en las guerras presentes y de cuanto ói de las pasadas, nada quedó tan bien conservado en las arcas de mi memoria como el gran suceso del dique de Kowenstein, en el no menos famoso asedio de Amberes, batalla reñida sobre angostísimo dique, casi hundido en las aguas, sostenida largo espacio de tiempo contra los bajeles holandeses, que embestían por el costado del Océano, y los ambereses, que atacaban por el lado de la ciudad, es decir, bajo la doble acción del fuego que se hacía á los flancos del tramo; hundidos los combatientes entre las estacas mal cubiertas de paja y de barro, envueltos, acosados, acorralados por un enemigo mejor provisto, más entero, y sobre todo, tan decidido como nosotros á triunfar ó á perecer en la demanda. Como que en ella se trataba de libertar la opulentísima Amberes, corazón de la

(1) Este episodio forma parte de un precioso libro de don Francisco Barado, que, con título de RONDA VOLANTE, ha publicado la *Biblioteca Selecta*. Lo reproducimos en la REVISTA, debidamente autorizados por su autor, porque creemos que nuestros lectores leerán este trabajo literario con el gusto con que siempre se saborean los escritos del eximio historiador de nuestras glorias militares. (N. de la R.)

Flandes y cabeza de la herejía, sitiada por el Príncipe desde largos meses, convertida en islote por virtud de inundación que produjo en aquellas tierras bajas la ruptura de los diques que sujetaban las aguas del río y contenían las del mar, perdida toda comunicación con el Escalda, gracias al maravilloso puente construido por Plati y Barocci, y fiando en el socorro que debía llevarle la escuadra holandesa á través de los campos, convertidos en mar. Fué aquella una empresa en la que se jugaba la fortuna del Príncipe, que era también la nuestra, y con el porvenir del ejército, el porvenir de España.

Y porque lo comprendimos así nosotros, sin vacilar un punto ante el agua ni el fuego, ante el hambre y el frío, hicimos el propósito de perder la pelleja en la estacada ó cobrarnos con usura en la hacienda de los rebeldes mercaderes. Pero hay que reconocerlo también; desde el punto y hora en que los herejes volaron una parte del puente y en que recibimos noticia de la gran máquina que contra el mismo inventara el famoso Gianibelli, no abrigábamos grandes confianzas en el triunfo.

—¡Gastos perdidos!—dijo con tono socarrón uno de los presentes.

—Eso es, *gastos perdidos*; así llamamos nosotros á la cacareada máquina, cuyo desastre sirvió de gran chacota, pero asimismo para mantener el ánimo sobresaltado después de la experiencia de los brulotes. Y no era lo peor que los de Amberes idearan nuevas máquinas. Nos inquietaba asimismo la noticia de que la flota holandesa iba á embestir contra los diques, puesto que, rendida la gente á las necesidades y trabajos, mal predispuesto el espíritu, todo era males-tar y zozobra en los tercios y regimientos que defendían la dilatada y flaca barrera que entre la ciudad y el mar se dibujaba. Por dos veces se había intentado el ataque; y si bien es cierto que las alarmas mantenían despierta la vigilancia, en cambio, el cuerpo, flaco y miserable, sólo á costa de grandes esfuerzos obedecía á la voluntad. Por eso, cuando en la noche del combate comenzó el verdadero ataque, la sorpresa, menos que el valor, dió aliento á los acometedores y les procuró ventajas pasajeras.

¡Qué noche aquella, camaradas! Apenas si la vista acertaba á distinguir un bulto sobre la líquida llanura que á uno y otro lado del tramo se dilataba. Sólo por intervalos rasgaba el espacio algún cohete lanzado desde los campanarios de la ciudad; únicamente se dejaba oír de tiempo en tiempo el grito lúgubre y monótono de nuestros centinelas, grito que partía del atrincheramiento de Staebroeck, y que de castillejo en castillo se prolongaba hasta perderse allá en el distante campamento de Beveren. Súbito el estampido de los cañones y de los mosquetes nos anuncia la presencia del enemigo; arden las aguas y el espacio, enciéndose largo trozo del tramo, y á la luz fosfórica de los disparos, aparecen entre la sombra los bajeles, con sus cofas coronadas de arcabuces, con su puente cubierto de soldados; y en menos tiempo del que empleo en decirlo, saltan sobre el tramo los gastadores provistos de haces encendidas y de picos, acometen por el lado opuesto los sitiados, á los que dirigía el burgomaestre de la ciudad, y se entabla una lucha terrible, desigual, puesto que la sorpresa parece como que da alas á los enemigos...

¡Camaradas! Quien vió aquel fregado, tiene ya cobrada la ejecutoria de valiente. Porque allí, ni espacio quedaba para manejar la pica, ni tiempo para pensar en repararse. Era una lucha á brazo partido, mano á mano, en que el pisto-

lete y el puñal hacían los oficios de la espada y el arcabuz. Puestos entre el agua y el fuego, envueltos por el enemigo, que ya empezaba á deshacer el dique para abrir paso á las naves de socorro, desconcertados y á la par ebrios de coraje, doy fe de que, menos que á la vida, se atendía á conservar aquellas miserables estacas que apenas si bastaban para sostenernos sobre las aguas. Así y todo, defendíamos el puesto, y á la luz triste y macilenta del crepúsculo matutino, pudimos darnos cuenta de nuestro heroísmo y de nuestra difícil situación. El dique lleno de cadáveres, los aguas enrojecidas, el espacio cubierto de humo, lleno de lamentos é imprecaciones, el eco llevando en sus alas el estampido de las armas y el jubiloso campaneo con que Amberes saludaba anticipadamente la victoria, y en el trozo visible de la empalizada, grupo de hombres, de fantasmas debiera decir, ennegrecidos y ensangrentados, moviendo furiosamente el arma blanca... ¡Por Santiago el gran Apóstol, que no creyera salir con bien de aquel zafarrancho, á no haber acudido en nuestro auxilio por ambos costados del tramo, Mansfeld y Alejandro Farnesio; y... aun así, dificulto yo que la victoria fuese completa, si la misericordia de Dios no se hubiese demostrado con los infelices que íbamos á perecer!

—Y aquí—dijo Avendaño, dando un hondo suspiro,—aquí viene como anillo al dedo una devota consideración que más de una vez acudió á mi magín.

¿Creen vuestras mercedes que todo acaba con la vida en el pícaro mundo? Pues yo les digo que padecen grande equivocación. Noramala los que no esperan en la bondad de Dios; que yo, infelice pecador, abrigo la confianza de que, descontadas las picardías y desaguizados que haya cometido por acá, no es mi cuerpo costal de paja podrida para que el Eterno Padre lo eche á rodar á lo más hondo, pese á los años de servicio cumplidos en defensa de la religión y servicio del Rey nuestro señor. Creo esto, y pienso que ha de ser permitido á los valientes darse algún que otro paseito por este mundo ó tomarse tal que otra licencia no concedida á las almas cándidas que por docenas entran en la patria celestial. Aparte de que no es presumible que todos los santos que fueron soldados se estén mano sobre mano, con la tizona quieta y el cuerpo caído, hallándonos como nos hallamos los católicos, tan metidos en harina. Y no se tome á cuento lo que voy á referir ahora del veterano Pedro Paz, pues esto sí que viene como de molde.

¿Quién dudará que á Pedro Paz se debe la gran victoria de Kovenstein? Un fantasma, camaradas—exclamó poseído de entusiasmo el narrador;—pero un fantasma al que ví yo, al que seguí espada en mano, y al que me parece contemplar aún, no obstante los días transcurridos desde el famoso de la pelea.

—¿De modo que la aparición está fuera de duda?—añadió con voz queda uno de los presentes.

—Y tan fuera de duda—replicó Avendaño,—que se mantendrá en mi memoria mientras aliente. Os diré cómo ocurrió el milagro.

Era entrada la tarde, viva la lucha, obstinado el porfiar por una y otra parte; pero, no muy aventajados los católicos, habíamos perdido y recuperado por dos veces una trinchera improvisada que defendía el paso al castillo de San Jorge. Agotada toda la energía, tanto más rendido el espíritu que el cuerpo, presa la imaginación de extraño delirio, secas las fauces, extraviada la mirada, acabábamos de cejar por segunda vez en el ataque del trincherón, cuando, entre densí-

sima nube de humo que envolvía el dique, se nos antoja ver los vagos contornos de una figura hercúlea; y esos contornos, esos perfiles se dibujan por momentos con mayor claridad, se acentúan al extremo de reconocer en ellos un guerrero castellano, con el peto ensangrentado, descubierta la cabeza, sueltos al viento los cabellos, el acero en la diestra, y la siniestra levantada en amenazadora actitud. ¡Ilusión de los sentidos, engañoso aparato forjado por el delirio y la fatiga! Por momentos la figura se engrandece y aproxima; contemplamos su rostro animado por trágica expresión, sus ojos centelleantes de ira; y un grito espontáneo, unánime y vigoroso sale de todos los pechos: ¡Pedro Paz! ¡Pedro Paz!.. Y él era, en efecto; nuestro viejo maestre de campo, caído frente los muros de Termunda, de pie ahora, magnífico y radiante sobre el dique de Kovenstein.

Verle y precipitarnos de cabeza contra la trinchera, fué obra de pocos momentos. Vértigo desconocido nos empujó en pos del fantasma; delirio inexplicable se apoderó de nuestro sér, arrebatándolo por entero. Diríase que avanzamos en alas del huracán, y que el fuego y el hierro dejábannos expedito el paso, menos poderoso uno y otro que nuestra voluntad ó que el valor del fantástico caudillo. Porque, sin darnos cuenta de lo acaecido, sin explicarnos aquel suceso extraordinario, nos encontramos vencedores y salvos en la disputada fortaleza, y muy aventajados para resistir al enemigo.

Pero.. ya en este punto el fantasma se había deshecho; y cuando exánimes y anhelantes quisimos abarcar con la mirada el espacio, sólo el humo de los incendios, el relámpago de los disparos y la silueta de los bajeles nos dieron idea del estado del combate, menguante ya y casi decidido á nuestro favor... Pedro Paz había contribuído á la victoria.

Tal fué, amigos y compañeros, la aparición del célebre maestre de campo, y tal el hecho de que, como cristiano viejo que soy, puedo dar fe. Desde entonces acá no he vacilado jamás en creer á pies juntillas que las apariciones son posibles, siempre y cuando prodigios semejantes se realicen con varones de singulares virtudes, y por causas que no todos podemos averiguar.

—¡Quiera Dios que sea ciertol— dijo un atambor de rostro asaz despabilado. Pues ya que el duque de Parma se halle en trance de muerte, si Él le llama á su santa gloria, bueno será que se acuerde de nosotros.

—En verdad os digo—contestó Avendaño—que eso no sería cosa nueva, pues el principal empeño que aquí mantenemos es el servicio de la religión. Pero—añadió dando un gran suspiro—gran mal será que perdamos caudillo de tanto mérito y prestigios, porque tales se van poniendo las cosas de estos Países desde las desdichadas expediciones á Francia, que mucho me temo no pase la presente de esta ciudad de Arras, ni alcance ya la vida de Farnesio á evitar grandes y tristísimas mudanzas.

—¡Pues no apurarse, camaradas—gritó un valón que se hallaba en el corro, —no apurarse! que si Dios Nuestro Señor tanto se interesa por los que aquí defendemos su santa causa, no habrá necesidad de que Alejandro Farnesio vuelva á la tierra; basta con que le cuente tantico así de las hambres y fatigas que aquí estamos pasando, y tened por seguro que Él proveerá lo más oportuno, ya que nuestro Rey y señor, maldito lo que se acuerda de sus soldados.

Una carcajada general acogió esta ocurrencia.

Y casi en este punto y hora doblaron á muerto las campanas de San Vedasto; ráfagas de misteriosa luz envolvieron al monasterio, y obróse, según pública voz, otro prodigio no menos maravilloso que el que acababa de referir Avendaño.

FRANCISCO BARADO.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

NECROLOGÍA DEL GENERAL DE ARTILLERÍA DON TOMÁS DE REINA Y REINA, por don *Eduardo de Oliver-Copóns*, comandante del Cuerpo.—Madrid-1896.—Publicación del *Memorial de Artillería*.

El legítimo entusiasmo que el cuerpo de Artillería siente por todas sus glorias se manifiesta perfectamente en las páginas que el distinguido comandante de este cuerpo, don Eduardo de Oliver-Copóns, dedica á la memoria del que fué general Reyna. Era este general *hijo del Cuerpo*, por haber sido también artillero su padre, como lo fueron sus abuelo, bisabuelo y tatarabuelo y como lo son hoy sus hijos que «son la sexta generación de una secular dinastía artillera, en la cual se ha manifestado claramente esa ley de herencia que perpetúa y vincula en algunas familias un arte, profesión ó carrera determinada.»

No tanto por esta circunstancia verdaderamente extraordinaria, sino mejor por las eminentes cualidades, distinguida historia y el amor al Cuerpo de que dió muestras el general don Tomás Reyna, sus compañeros de profesión llegaron á considerarle, hacia el término de su carrera, como personificación viviente del espíritu deaquél. De ello es buena prueba el oficio en que el Director general de Artillería, le dió traslado del Real decreto por el que pasó á la reserva, en 17 de abril de 1889. En esta comunicación le expresaba «la deuda de gratitud que conservarán siempre sus compañeros y subordinados por los inapreciables servicios de quien puede decirse que personificaba las honrosas tradiciones de la corporación, y figurando últimamente como decano de su escala, ha contribuído con sus sabios consejos á mantener incólume la reputación y el prestigio del Cuerpo siempre dispuesto á sacrificarse tomando ejemplo de la immaculada historia militar» del general á quien iba dirigida tan honrosa misiva. Además, con el mismo motivo, gran número de artilleros (más de 200) suscribieron una carta, en la que manifestaban su admiración y cariño hacia tan ilustre general.

El señor don Eduardo Oliver-Copóns ha trazado con pluma fácil y elegante la biografía del general que, al término de su carrera logró merecer recompensas tan

honrosas, que si no son de aquellas que se cotizan en el mercado público, llenan y satisfacen por completo el alma de quien, acostumbrado toda la vida á prestar culto al honor y al sacrificio, aprecia en mucho más el cariño de los compañeros y de los subordinados, que no el falso brillo de ciertas posiciones, Dios sabe á costa de que género de *sacrificios* conseguidas, algunas veces. Del estudio biográfico se desprende hasta qué punto era acreedor el ilustre general á las consideraciones y respetos del cuerpo en que habia servido más de medio siglo, pues, como dice el autor, «pocas veces se aunaron tan bien como en el general Reyna las armas, las ciencias y las letras. Era un hombre completo, de esmerada educación, trato atractivo, de gran ilustración, y lo que valía más, un caballero sin tacha, que se hacía amar y respetar por todos.»

Trabajos como este que reseñamos, además de significar el cumplimiento del deber de justicia, sirven para elevar en todos el tan decaído espíritu militar. Su autor ha desempeñado brillantemente la tarea que se impuso, por lo cual le enviamos nuestra felicitación sincera.

PUBLICACIONES DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.—Las campañas coloniales han obligado, por necesidad, á dar gran impulso á ciertos trabajos cartográficos, que corren á cargo del Depósito de la Guerra. En otras ocasiones hemos dado cuenta de ellos; habiendo últimamente recibido del mismo centro el *Croquis de la provincia de Puerto Príncipe* y el *Croquis de la provincia de Santiago de Cuba*, ejecutados con el esmero y la posible corrección que cabe en publicaciones de esta naturaleza, á las cuales, ciertamente, el Depósito de la Guerra no puede llevar—como algunos pretenderían—datos que no tenga.

Agradecemos al señor coronel de E. M. don Manuel Benítez de Lugo, ilustrado jefe del Depósito de la Guerra, la atención que ha tenido de disponer que se nos remitiese un ejemplar de tan interesantes publicaciones.

